

AL MAESTRO CON CARIÑO

Eva Fontdevila y Emanuel Gall
Universidad Nacional de Tucumán
Abrojos Colectivo de Educación Popular
(Argentina)

Si existiese la posibilidad de ser sintéticos al homenajear a alguien a quien se quiere mucho, y si esa persona fuera Jorge Huergo, entonces elegiríamos sin dudar la palabra “maestro”. El maestro remite a esa figura que nos enseña cosas, pero que nos enseña en un sentido amplio, integral, que nos contiene afectivamente, que nos guía en la teoría y en la práctica porque no separa ambas instancias, que nos ayuda a ser nosotros mismos, que nos acompaña sin asfixiarnos ni usarnos. Que es riguroso sin jugar al indescifrable.

Cuando pensamos en un maestro nos imaginamos un sinfín de espacios educativos en los que su presencia se hace sentir. La calle, la facultad, el barrio, los medios de comunicación, las reuniones de la militancia, la vida en familia. Y lo asociamos a un modo de educar donde los temas, los enfoques, las palabras, los gestos, las intensidades e intenciones tienen un gran poder de interpelarnos como seres humanos.

Para un grupo de compañeros de militancias varias, Jorge ha sido la puerta de entrada a conceptos, a miradas de profundo sentido liberador. Con él hemos transitado las páginas de la obra de Paulo Freire, Mario Kaplún, Adriana Puiggrós, Peter Mc Laren, Ernesto Laclau, el pensamiento de Saúl Taborda y Rodolfo Kusch, entre otros y otras. Nos ha ayudado a situar en la Historia las definiciones de lo educativo, nos ha acompañado en la construcción de miradas heterodoxas sobre qué es educar y educarse, sin esencialismos ni chicanas políticas en el pensamiento. Nos ha dado herramientas para mirar nuestra práctica y repensarla.

Lo que destaca a los verdaderos maestros es su humildad genuina y, al mismo tiempo, su rol educador. La búsqueda incansable de coherencia. Y Jorge ha sido hasta el último día una muestra de esa actitud. Se ha reunido en infinitas ocasiones con compañeros y compañeras que recién comenzaban a discutir los temas que a él le resultaban hartos conocidos, y ha escuchado con cariñosa atención cada una de nuestras anécdotas sobre cómo fue que hicimos nuestras primeras lecturas del mundo y de la palabra. Nos ha

acompañado en nuestras ingenuidades y en las trilladas rebeldías iniciales contra la educación “bancaria” para ayudarnos a pensar más allá de los binomios de moda al final del siglo XX.

Cuando terminamos la educación formal universitaria Jorge Huergo fue clave para los años más intensos de nuestra formación como educadores, un referente en el que mirarnos y analizar nuestras prácticas, una oreja franca capaz de señalarnos debilidades ideológicas desde el amor y el fundamento conceptual. Nos protegió del basismo como del paternalismo, nos dio la oportunidad de enseñar y de aprender con él. Caminó a nuestro lado y compartió protagonismo en ámbitos de exposición como los Cursos de Formación de Formadores de INCUPO, los Encuentros Nacionales de Estudiantes de Comunicación y el Seminario de Formación Teológica.

Como funcionario ha tenido el gesto amoroso de pedirnos autorización para difundir materiales escritos por nosotros y ha tenido la infinita generosidad de compartir con miles de docentes nuestros textos. Ha sido audaz, ha propuesto cambios fundamentales en la formación de los maestros y maestras, ha confiado genuinamente en la capacidad transformadora de la militancia territorial.

Jorge Huergo ha sido un sincero compañero/maestro, y nos ha dejado el enorme desafío de profundizar nuestra mirada crítica, nuestra formación política y nuestro compromiso transformador.

